

deseos de ser su mujer... ¡Si no hubiese de por medio los niños!... Yo tenía catorce años, y él diez y ocho, cuando di á luz el primero. El otro nació cuatro años después... La cosa sucedió, como sucede siempre, ya sabéis. Yo no era dichosa en mi casa: por un sí, por un no, papá Macquart me atizaba un puntapié en los riñones. En tales casos, á fe mía, se le ocurre á cualquiera distraerse fuera de casa. Nos hubiéramos casado; mas, no sé por qué, nuestros padres no quisieron.

Y sacudió sus manos, amoratadas bajo la espuma blanca.

—¡No es poco cruda el agua de París!—dijo.

La señora Boche lavaba actualmente despacio. Deteniase, haciendo que durara el jabonado, para permanecer allí, á fin de conocer aquella historia, que desde hacía quince días torturaba su curiosidad. En su gruesa faz resaltaba su boca entreabierta; sus ojos salientes, relucían. Pensaba, con la satisfacción de haber adivinado.

—Esto es; la muchacha habla demasiado. Están de perros.

Y luego, en alta voz:

—Conque ¿no se porta bien?

—¡No me habléis de eso!—repuso Gervasia. —En Plassans era muy bueno para mí: pero desde que vinimos á París no puedo hacer carrera de él... Habéis de saber que su madre murió el año pasado, dejándole poca cosa, unos mil setecientos francos. El quería venir á París. Yo, cansada de los mojicones y puntapiés de papá Macquart, consentí en partir con él; y vinimos con los dos chicos. Habíamos resuelto que yo me establecería de lavandera y él se dedicaría á su oficio de sombrerero. Así hubiéramos sido felices... Pero, ¿qué queréis! Lantier es un ambicioso, un derrochador, un hombre que sólo piensa en divertirse. ¡En una palabra, no vale gran cosa!... Nos apeamos en el hotel Montmartre, calle Montmartre. Y empezaron comilonas, coches, teatro, un reloj para él, un vestido de seda para mí; pues no tiene mal corazón, cuando tiene dinero. Ya lo comprendéis, ¡la mar! de tal manera que á los dos meses estábamos en seco. Entonces vinimos á vi-

vir al hotel Boncoeur, y desde entonces ha empezado esta bendita vida...

Interrumpióse, sintiendo de improviso comprimida su garganta, reteniendo sus lágrimas. Había acabado de cepillar su ropa.

—Vamos á buscar agua caliente—murmuró.

Pero sumamente contrariada la señora Boche por esta interrupción en las confidencias, llamó al mozo del lavadero que acertaba á pasar:

—Oye, Carlitos, ten la bondad de traer un cubo de agua caliente á la señora, que tiene prisa.

El mozo cogió el cubo y lo trajo lleno. Gervasia pagó el sueldo que costaba. Vertió el agua caliente en la pila y jabonó la ropa por última vez, con las manos, inclinándose por encima de la tabla, en medio de un vapor que suspendía hilillos de humo gris de sus rubios cabellos.

—Tomad; ahí tenéis cristales de sosa—dijo amablemente la portera.

Y vertió en la pila de Gervasia los restos de un saquillo de carbonato de sosa que había llevado. Ofrecióle también agua de legía, mas la joven rehusó; aquello era bueno para las manchas de grasa y las manchas de vino.

—Presumo que es algo calaverilla—continuó la señora Boche, aludiendo á Lantier, sin nombrarlo.

Gervasia, doblada por los riñones, hundidas y crispadas las manos en la ropa, limitóse á mover la cabeza.

—Sí, sí—prosiguió la otra;—he observado muchas cosillas...

Mas detúvose, ante el brusco movimiento de Gervasia que se había enderezado, totalmente pálida y mirándola de hito en hito.

—¡Oh! no, ¡no sé nada!... Creo que le gusta bromear, pero nada más... Así es que, con las dos muchachas que viven en mi casa, Adela y Virginia, ya las conocéis, se chancea, y no pasa de ahí, estoy segura.

La joven, erguida ante ella, bañado su rostro en sudor, chorreando agua sus brazos, continuaba mirándola con la vista fija y profunda. Entonces la portera

se formalizó, propinándose un puñetazo en el pecho, dando palabra de honor. Y gritaba:

—¡Que no sé nada!... ¡cuando os lo aseguro!...

Después, calmándose, añadió con voz melosa, como si hablase con una persona á quien no conviene decirle la verdad:

—Por mi parte, encuentre franqueza en su mirada... ¡Se casará con vos, hija mía, os lo aseguro!...

Gervasia enjugóse la frente con su mojada mano. Después sacó del agua otra pieza de ropa, moviendo de nuevo la cabeza. Por un momento guardaron silencio las dos. En torno suyo el lavadero habíase apaciguado. Daban las once. La mitad de las lavanderas, sentada una pierna sobre el borde de sus pilas, con una botella de vino destapada á sus pies, comían salchichas que llevaban metidas en un pan. Sólo las mujeres de su casa que habían ido á lavar sus pequeños lios de ropa, dábanse prisa, mirando de vez en cuando el reloj colocado encima del escritorio. Todavía se dejaban oír algunos golpes de paleta, aislados, mezclados con risas y conversaciones que se confundían con un ruido glotón de mandíbulas; y en tanto la máquina de vapor, continuaba su faena, sin tregua ni descanso, parecía alzar la voz, vibrante, roncante, llenando la inmensa sala. Mas ni una sola de aquellas mujeres la escuchaba; era como la respiración del lavadero, un ardiente hálito que amasaba bajo las vigas del techo el eterno vapor que flotaba. El calor hacíase intolerable; por las elevadas ventanas penetraban rayos de sol, hacia la izquierda, encendiendo los humeantes vapores con opalinas sábanas, de color gris rosa y azul pálido. Y, como algunas se quejaban, el mozo Carlos iba de una á otra ventana, corriendo las cortinas de gruesa lona; después, pasó al otro lado, el lado de la sombra y abrió las celosías. Aplaudíanle, aclamábanle, al unísono de una jovialidad formidable. Muy en breve hasta las más rezagadas paletas enmudecieron. Las lavanderas, con la boca llena, no hacían más que gesticular con las navajas abiertas que tenían en su mano. A tal extremo llegaba el silencio, que se oía regularmente, de uno á otro extremo del lavadero, el rozar

de la pala del fogonero al coger el carbón de piedra y arrojarlo en el hornillo de la máquina.

Entre tanto Gervasia lavaba su ropa de color en el agua caliente, impregnada de jabón, que había conservado. Cuando hubo concluido, aproximó un banquillo, en el que apiló todas las piezas, que chorreando formaban en el suelo azulados charcos. Y empezó á aclarar la ropa. Detrás de ella, el grifo de agua fría manaba sobre un ancho artesón fijó en el suelo; y atravesado por dos listones de madera destinados á sostener la ropa. Por encima, á mayor altura, había otros dos listones, donde la ropa acababa de escurrir el agua.

—Vaya, parece que ya dais al cabo, afortunadamente—dijo la señora Boche.—Me quedo para ayudaros á retorcer la ropa.

—¡Oh! no vale la pena, os lo agradezco—respondió la joven, que amasaba con sus puños y chapuzaba las piezas de color en el agua clara.—Si hubiese alguna sábana, no digo que no.

Sin embargo, fué preciso aceptar el auxilio de la portera. Las dos retorcían, cogiendo cada una por un extremo, una falda de lanilla de color castaño mal teñida, que dejaba rezumar un agua amarilla, cuando la señora Boche exclamó:

—¡Toma! ¡ahí está Virginia la buena moza! ¿qué vendrá á lavar aquí, con sus cuatro guñapos metidos en un pañuelo?

Gervasia levantó vivamente la cabeza. Virginia era una muchacha de su edad, más alta que ella, morena; linda á pesar de su rostro algo largo. Vestía una bata negra muy usada, con volantes; lucía en el cuello una cinta encarnada: iba peinada con esmero, llevando el moño recogido en una redecilla azul. Detúvose un momento en mitad de la avenida central, y contrayendo los párpados, como quien busca algo; y luego, vislumbrando á Gervasia, fué á pasar por junto á ella, erguida, insolente, balanceando sus caderas é instalándose en la misma fila á cinco pilas de distancia.

—¡Vaya un capricho!—continuaba la señora Boche, bajando la voz.—Nunca ha jabonado un par de mangas... ¡ah! ¡os aseguro que es una valiente holgazana!

¡una costurera que ni siquiera recóse sus botinās! ¡Lo mismo que su hermana, la bruñidora, esa bribona de Adela que, de tres días, deja de ir dos al taller! Ni se les conoce padre ni madre, ni se sabe de qué viven, y si una quisiera hablar... ¿Qué es lo que está restregando? ¡ah! ¿una falda? ¡no deja de ser repugnante la tal falda, y á fe que debe haber presenciado cosas limpias!

Evidentemente la señora Boche quería halagar á Gervasia. La verdad era que tomaba á menudo café con Adela y Virginia, cuando estas chicas tenían dinero. Gervasia no respondía, llena de despecho, calenturientas las manos. Acababa de disolver el añil, en una vasija montada sobre un tripode. Empapaba en él sus piezas de ropa blanca, las agitaba un instante en el fondo del agua teñida, cuyo reflejo adquiría un punto de laca; y, después de haberlas retorcido ligeramente, las alineaba sobre las barras colocadas en alto. Durante esa faena, afectaba volver la espalda á Virginia. Pero no dejaba de oír sus burlas, ni de sentir el peso de sus oblicuas miradas. Parecía que Virginia sólo había ido al lavadero para provocarla. Un momento, habiéndose vuelto Gervasia hacia ella, las dos se miraron fijamente.

—¡Dejadla! —murmuró la señora Boche;— supongo que no iréis á tiraros del pelo... ¡Cuando os digo que no hay nada, que no es ella!

En este momento, y mientras la joven colgaba la última pieza de ropa, oyéronse risas á la puerta del lavadero.

—¡Son dos rorros que preguntan por su mamá!—gritó Carlos.

Todas las mujeres volvieron la cabeza. Gervasia reconoció á Claudio y Esteban. Estos, al percibirla, corrieron hacia ella, por medio de los charcos, golpeando las losas con los tacones de sus zapatos desatados. Claudio, el mayor, llevaba de la mano á su hermanito. á su paso las lavanderas dirigíanles algunas frases cariñosas, viéndoles un tanto asustados, aunque sonrientes. Y se detuvieron ante su madre, sin soltarse, alzando sus rubias cabezas.

—¿Os envía papá?—preguntó Gervasia.

Y al inclinarse para atar los cordones de los zapatos de Esteban vió, en un dedo de Claudio, la llave de su habitación, con su número de chapa de cobre.

—¿Cómo? ¿me traes la llave?—exclamó sorprendida.—¿Por qué?

El niño, al ver la llave que había olvidado en su dedo, pareció recordar y gritó con su voz clara:

—Papá se ha marchado.

—¿Habrás ido á comprar el almuerzo, y os ha dicho que vengáis á buscarme aquí?

Claudio miró á su hermano, dudó, no sabiendo qué decir. Por último añadió de corrido:

—Papá se ha marchado... Ha saltado de la cama, ha puesto todas sus cosas en el baúl, ha bajado el baúl á un coche... se ha marchado.

Gervasia, que se hallaba agachada, incorporóse lentamente, con el rostro blanco, llevándose las manos á sus mejillas y á sus sienes, como si presintiese que su cabeza iba á estallar. Y sólo pudo encontrar una palabra, que repitió veinte veces en el mismo tono:

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡ah! ¡Dios mío!... ¡ah! ¡Dios mío!...

En tanto, la señora Boche interrogaba á su vez al niño, enardecida por encontrarse en presencia de tal suceso.

—Veamos, hijo mío, es menester contarlo todo. ¿Ha sido papá quien ha cerrado la puerta y os ha dicho que traigáis la llave, verdad?

Y bajando la voz, al oído de Claudio:

—¿Había una señora en el coche?

El niño se turbó de nuevo, y volvió á espetar su historia con aire de satisfacción.

—Ha saltado de la cama... ha puesto todas sus cosas en el baúl... se ha marchado...

Y, viendo que la señora Boche le soltaba, llamó á su hermanito junto al grifo, empezando los dos á divertirse haciendo correr el agua.

Gervasia no podía llorar. Se ahogaba, apoyados los riñones contra la pila y el rostro entre las manos. Ligeros estremecimientos la sacudían. Por momentos, lanzaba un largo suspiro, hundiéndose más y más los puños en los ojos como para anonadarse en lo negro

de su abandono. Parecía haber caído en el fondo de un tenebroso pozo.

—¡Eh, hija mía, qué demonio!—murmuraba la señora Boche.

—¡Si supierais! ¡si supierais!—dijo por fin Gervasia en voz baja.—Me ha enviado esta mañana á empeñar mi chal y mis camisas al Monte de Piedad para pagar ese coche...

Y lloró. El recuerdo de su excursión al Monte de Piedad, precisando un hecho de aquella mañana, le había arrancado los sollozos que se estrangulaban en su garganta.

Aquella excursión era una cosa abominable; causaba el mayor dolor de su desesperación. Las lágrimas corrían sobre su barba, mojada ya al contacto de sus manos, y ni siquiera pensaba en tomar su pañuelo.

—¡Sed razonable! ¡callaos! ¡os están mirando!—repetía la señora Boche.—¡Es posible darse tanta desazón por un hombre!... ¿sin duda le amabais todavía? ¡pobrecilla! Hace un momento echabais pestes contra él. Y ahora lloráis reventándoos el corazón... ¡Dios mío! ¡qué necias somos!

Después, mostróse maternal.

—¡Una muchacha tan linda como vos!... Ya se os puede contar todo ¿verdad?... ¡Pues bien! ¿os acordáis? cuando he pasado por debajo de vuestra ventana, sospechaba... Figuraos que esta noche pasada y cuando Adela entró en casa oí los pasos de un hombre mezclados con los suyos. Entonces quise enterarme y miré á la escalera. El individuo estaba ya en el piso segundo, pero, sin embargo, reconocí perfectamente la blusa del señor Lantier. Boche, que estaba en acecho; esta mañana le ha visto bajar tranquilamente... Era con Adela ¿lo entendéis? Virginia tiene actualmente un señor á cuya casa va dos veces por semana. Sólo que la cosa no es muy limpia, que digamos, por cuanto las dos no tienen más que un cuarto y una alcoba y no sé dónde se habrá acostado Virginia.

Interrumpióse un momento, se volvió y repuso con su gruesa voz sofocada:

—Se está riendo al veros llorar esa... mal corazón. Pondría mi mano en el fuego que ese lavado es un

pretexto. Habrá dejado á los dos en casa y ha venido aquí para ver la cara que pondriais y contárselo después.

Gervasia separó las manos de su rostro y miró. Al ver delante de ella á Virginia que, en medio de tres ó cuatro mujeres hablaba bajo y la miraba á la cara, apoderóse de ella una cólera loca. Con los brazos echados adelante, buscando en el suelo alguna cosa, volviéndose sobre sí misma, temblorosos sus miembros todos, anduvo algunos pasos, encontró un cubo lleno de agua, lo cogió con ambas manos y lo vació en el aire.

—¡Qué «camello!» (1)—exclamó Virginia, dando un salto atrás, mas no sin librar sus botinas del chaparrón.

Entre tanto, las lavanderas, revolucionadas desde hacia un rato por las lágrimas de la joven, empujábanse unas á otras para ver la batalla. Algunas, concluido su último bocado de pan, subieron sobre las pilas. Otras acudieron, llenas de jabón sus manos. Formóse corro.

—¡Qué «camello!»—repitió Virginia; ¿qué le habrá dado á esa rabiosa?

Gervasia, parada, trémula su barba y convulso el rostro, no respondía, ignorando aún el calor parisiense. La otra prosiguió:

—¡Vaya una señora! una provinciana que á los doce años servía de jergón á los soldados y se dejó una pierna en su pueblo... que se le cayó podrida...

Circuló una risotada. Virginia, viendo su éxito, aproximóse dos pasos más, irguiendo su elevada estatura y gritando en voz más alta:

—¡Ea! ¡adelanta un poco y verás cómo te compongo! ¿Sabes? ¡aquí no has de venir á fastidiarnos!... ¿por ventura conozco yo á ese «pulpo?» Si me hubiese mojado, de veras que la remango las sayas; ya lo hu-

(1) En caló: *ramera*. Dicese también *camello de Egipto*, *camello de dos jorobas*, lo cual parece aludir á la exhibición de ciertas formas. Este epíteto, según algunos, data de la campaña de Egipto, en la cual los soldados franceses, profundos analogistas, admiraron con sorpresa la docilidad con que el camello se acostaba para recibir su carga. (N. del T. tomada de Larchey).

bierais visto... vāya, que diga lo que yo la he dicho... di, mala roja ¿qué te he hecho?

—Basta de charla...—tartamudeó Gervasia.—Demasiado lo sabéis... Han visto á mi marido anoche... Y, callaos, porque os estrangulo, de seguro.

—¡Su marido! ¡ah! ¡no tiene poca gracia!... ¡El marido de la señora! ¡como si pudieran tenerse maridos con ese desgargol!... No es culpa mía si te ha dejado... ¿Pensarás que te lo he robado? que me registren... ¿Quieres que te lo diga? te estabas envenenando; era demasiado buen mozo para ti. ¿Llevaba al menos un collar?... ¿quién ha encontrado el marido de la señora?... se le dará una gratificación...

Y las risotadas volvieron á circular. Gervasia, con voz casi baja, contentábase con murmurar:

—Demasiado lo sabéis, demasiado lo sabéis... Es vuestra hermana, á la que de seguro estrangularé...

—Sí, ve á rozarte con mi hermana—repuso Virginia fisionomándose.—¡Ah! ¿conque mi hermana? Es muy posible; mi hermana tiene el «chic» que á ti te falta... Pero ¿á mí qué me importa eso? ¿no podrá una lavar tranquilamente su ropa? Déjame en paz ¿oyes? porque basta y sobra ya.

Y después de dar cinco ó seis paletadas á la ropa que lavaba, volvió á la carga, embriagada por las injurias, fuera de sí. Calló un momento y comenzó así tres veces:

—¡Pues bien! sí, es mi hermanā. ¿Estás contenta?... Los dos se adoran... ¡Si les hubieses visto besuquearse!... Y él te ha dejado con tus bastardos ¡lindos mojiganas con la cara llena de costras! Uno de ellos es hijo de un gendarme ¿verdad? y á otros tres los has hecho reventar porque no querías pagar exceso de equipaje... Tu Lantier nos lo ha contado. ¡Ah! ¡qué lindas cosas dice de ti! ¡ya estaba harto de tu osamenta!

—¡Puerca! ¡puerca! ¡puerca!—aulló Gervasia fuera de sí presa de un temblor furioso.

Se volvió, buscando alguna cosa por el suelo y no encontrando más que una cubeta, la agarró por el pie y arrojó el agua de añil al rostro de Virginia.

—¡Mala rocin! ¡me ha estropeado la bata!—exclamó

ésta, sintiendo mojado su hombro y viendo su mano teñida de azul.—Espérate ¡so inmundicia!

A su vez, cogió un cubo y lo vertió sobre la joven. Empeñóse entonces una batalla formidable. Una y otra corrían á lo largo de las pilas, agarrando los cubos llenos y volviendo al sitio para arrojárselos á la cabeza. Y á cada diluvio acompañaba una explosión de voces. La misma Gervasia contestaba ya á los insultos.

—¡Toma, suciedad!... Ese ya lo tienes encimā; te calmará el trasero.

—¡Ah! ¡desollada! ¡Ten, para tu grasa; límpiame una vez en la vida!

—Sí, sí, voy á quitarte la sal, rancio abadejo.

—¡Allá va otro!... Enjúgate los dientes, hazte el tocado para tu «carrera» de esta noche, en la esquina de la calle de Belhomme.

Acabaron por llenar los cubos en los grifos. Y en tanto que se llenaban, continuaban sus denuestos. Los primeros cubos, mal lanzados, apenas las tocaban. Pero iban adiestrándose. Virginia fué la primera que recibió uno en plena cara; el agua, penetrando por su cuello, corrió por su espalda y su pecho, y rezumó por debajo de la ropa. No repuesta todavía del aturdimiento, sorprendióla un segundo diluvio, de lado, abofeteándole la oreja derecha y empapando su moño, que se deshizo como una guita. Gervasia recibió el primer agua va en las piernas; un cubo le inundó los zapatos, mojándola hasta los muslos; otros dos la empaparon hasta las caderas. Muy en breve ya no fué posible apreciar los chapuzones. Una y otra chorreaban de la cabeza á los pies, con los corpiños pegados á las espaldas y las faldas á los muslos, adelgazadas, tiesas, tiritando, escurriendo agua por todas partes, como un paraguas durante un chaparrón.

—¡No tienen por dónde agarrarse!—dijo la voz ronca de una lavandera.

El lavadero se divertía en grande. Las mironas habían retrocedido para no recibir las salpicaduras. Los aplausos, los chistes iban creciendo en medio del ruido de esclusa de los cubos vaciados al aire. Por el suelo corrían mares, donde las contendientes pateaban en

charcadas hasta los tobillos. A todo esto Virginia, ideando una traición agarró un cubo de legía hirviendo, que una de sus vecinas había pedido y lo arrojó. Sonó un grito. Creyóse que Gervasia estaba escaldada. Mas ésta sólo tenía ligeramete abrasado el pie izquierdo, y reuniendo todas sus fuerzas, exasperada por el dolor y sin llenarlo de agua esta vez, arrojó un cubo á las piernas de Virginia, que cayó al suelo.

Todas las lavanderas hablaban á la vez.

—¡Le ha roto una pata!

—¿No ha querido la otra cocerla?

—¡Tiene razón la rubia, pues al fin y al cabo le han quitado su hombre!

La señora Boche levantaba los brazos hacia el cielo, lanzando exclamaciones. Por prudencia, habíase guardado entre dos pilas; y los niños Claudio y Esteban, llorando, sofocados, asustados, se agarraban de su falda, gritando sin cesar: ¡Mamá! ¡mamá! grito que se quebraba en sus sollozos. Cuando vió á Virginia en el suelo, corrió hacia Gervasia y tirándola de las sayas, repetía:

—¡Vaya, idos! sed razonable.. ¡Tengo la sangre revuelta, palabra! Nunca se ha visto una carnicería semejante.

Mas retrocedió, volviendo á refugiarse con los chicos, entre las pilas. Virginia acababa de abalanzarse al cuello de Gervasia, comprimiéndoselo, intentando estrangularla. Esta, entonces, de una violenta sacudida, se desprendió, agarrándola al paso el moño, como si intentase arrancarla la cabeza. Comenzó de nuevo la batalla, muda, sin un grito, sin una injuria. No se agarraban por el cuerpo; se atacaban á la cara, con las manos abiertas y engarfiadas, pellizcando, arañando lo que cogían. La cinta encarnada y la redecilla azul de la morena, fueron arrancadas; su corpiño roto por el cuello, dejó en descubierto su piel, todo un hombro, mientras que la rubia, medio desnuda, arrancada una manga de su chambra sin saber cómo, tenía un rasgón en la camisa que descubría los pliegues de su cintura. Pedazos de tela volaban. La primera en verter sangre fué Gervasia, por tres largos arañazos que bajaban de la boca á la barba; y para defender

sus ojos, los cerraba á cada nuevo golpe por temor á que la dejara tuerta. Virginia no sangraba todavía. Gervasia tomaba por blanco sus orejas, rabiando porque no podía agarrarlas; por fin se apoderó de uno de los pendientes, una perilla de cristal amarillo, tiró de él, rasgó la oreja y empezó á manar sangre.

—¡Que se matan! ¡separad á esas pellejas!—clamaron varias voces.

Las lavanderas habíanse aproximado. Formábanse dos bandos; unas azuzaban á las dos contendientes como pudieran hacerlo con un par de perros en riña; las otras, más nerviosas, temblando, volvían la cabeza; estaban saciadas: de seguro el espectáculo las pondría malas. Y poco faltó para que se entablara una batalla general; tratábanse unas á otras de «mal corazón», de «inútiles»; erguíanse los brazos desnudos; oyéronse tres bofetadas.

En el interin la señora Boche buscaba al mozo del lavadero.

—¡Carlos! ¡Carlos!... ¿dónde demonio estará?

Y le encontró en primera fila, mirando, cruzados los brazos. Era un gran mocetón, de enorme cuello. Reía, saboreaba la vista de las carnes que las dos mujeres exhibían. La rubita era regordeta como una codorniz. Chistoso fuera, si su camisa llegaba á rasgarse.

—¡Toma!—murmuró guiñando un ojo,—¡tiene una peca en el sobaco!

—¡Cómo! ¿estáis ahí?—gritó la señora Boche al avisarle,—¡ayudadnos á separarlas! ¡ya podriais separarlas vos solo!

—¿Yo solo? ¡mil gracias! ¡si he de ser yo quien las separe!—dijo el mozo con la mayor tranquilidad.—Para que me arañen un ojo como el otro día ¿verdad? No estoy aquí para eso, tendría demasiada faena... ¡No temáis! una pequeña sangría les es muy útil, eso las pondrá más tiernas.

La portera habló entonces de ir á buscar á los municipales. Mas á ello se opuso formalmente la dueña del lavadero, la joven delicada, de ojos enfermizos. Y repitió varias veces:

L'Assommoir—tomo I—3

—No, no, no lo quiero; eso compromete el establecimiento.

La lucha proseguía en el suelo. Bruscamente, Virginia se enderezó sobre las rodillas. Acababa de alcanzar una paleta y la blandía, y con voz alterada, rugía:

—¡Espera un momento, zorra! ¡prepara tu ropa sucia!

Gervasia, con viveza, alargó la mano, tomó igualmente una paleta y la mantuvo elevada como una maza. También era ronca su voz.

—¡Ah! ¿quieres una gran legía?... ¡Dame tu piel, para hacer con ella rodillas!

Por un momento permanecieron así, arrodilladas, amenazándose. Los cabellos sobre la cara, resollando, llenas de barro, entumecidas, acechábanse, esperando, cobrando alientos. Gervasia dió el primer golpe; su paleta rozó la espalda de Virginia. Y se inclinó á un lado para evitar la paleta de ésta, que la alcanzó en la cadera. Entonces, animadas, se paletearon como las lavanderas paletean su ropa; ruda, cadenciosamente. Cuando se alcanzaban, el golpe amortiguábase, semejante su ruido al de una palmada en el agua.

En torno de ellas las lavanderas ya no reían, algunas habíanse marchado, diciendo que aquello les removía el estómago; las otras, las que permanecían, alargaban el pescuezo, brillando en sus ojos un relucir de crueldad, y aseguraban que las combatientes eran mozas de temple. La señora Boche se había llevado á un extremo del lavadero á Claudio y á Esteban, y allí dejaban oír el ruido de sus sollozos confundido con el de los choques sonoros de las dos paletas.

Bruscamente Gervasia lanzó un aullido. Virginia acababa de darle un paletazo con toda su fuerza sobre el brazo desnudo, por encima del codo; una mancha roja apareció y la carne se entumeció en seguida. Entonces, su exasperación aumentó. Parecía que quería aplastar á la otra.

—¡Basta! ¡basta!—gritaron las lavanderas.

Tan feroz aparecía el rostro de Gervasia, que ninguna osó acercarse. Decuplicadas sus fuerzas, agarró á Virginia por la cintura, la obligó á encogerse, le pegó la cara contra el suelo, las caderas en alto; y á pesar

de las sacudidas, se remangó completamente las faldas. Debajo, había unos pantalones. Gervasia introdujo la mano por la abertura, la rasgó, y lo dejó en descubierto todo, los muslos desnudos, las nalgas desnudas. Luego, alzando la paleta, comenzó á paletearla, como en otros tiempos lo hacía en Plassans, á orillas del Vivo: ne, cuando su patrona estaba encargada de lavar la ropa de la guarnición. La madera mullía las carnes con un ruido húmedo. A cada golpe surgía una cinta roja en la blanca piel.

—¡Oh! ¡oh!—murmuraba el mozo Carlos, admirado, abriendo extraordinariamente los ojos.

De nuevo habían circulado risas. Mas en breve el grito: ¡Basta! ¡basta! volvió á oírse. Gervasia ni entendía, ni se cansaba. Contemplaba su tarea, inclinada, preocupándose de no dejar sitio ileso. Quería ver toda aquella piel aporreada, y cubierta de confusión hablaba, poseída de una alegría feroz, recordando una canción de lavandera:

—¡Pam! ¡pam! Margot va al lavadero... ¡pam! ¡pam! y á golpes de paleta... ¡pam! ¡pam! lavaré su corazón... ¡pam! ¡pam! lavaré su corazón... ¡pam! ¡pam!... que negro está de dolor...

Y añadía:

—Este para ti, este para tú hermana; este para Lantier... Cuando les veas, dales este... ¡Atención! ¡que vuelvo á empezar!... Este para Lantier, este para tu hermana; este para ti... ¡pam! ¡pam!... Margot va al lavadero... ¡pam! ¡pam!... y á golpes de paleta...

Preciso fué arrancarle á Virginia de las manos. La gran morena, bañada en llanto, la faz roja, confusa, recogió su ropa y se puso en salvo: estaba vencida. Entre tanto Gervasia arreglaba la manga de su camisa y se ataba las sayas. El dolor que sentía en el brazo la obligó á suplicar á la señora Boche que le colocase su ropa sobre el hombro. La portera refería la batalla; detallaba sus emociones, y pretendía registrarle el cuerpo, para ver.

—Tal vez tenéis alguna cosa rota... He oído un golpe...

Mas la joven quería marcharse. No contestaba á los enternecimientos, á la ovación ruidosa de las lavan-

deras que la rodeaban; erguidas en sus tarimas. Cuando tuvo la carga al hombro, dirigióse á la puerta donde la aguardaban sus dos hijos.

—Son dos horas, debéis dos sueldos—le dijo deteniéndola la dueña del lavadero, reinstalada ya en su gabinete de vidrieras.

—¿Por qué dos sueldos? Gervasia no atinaba que le pedían el precio del sitio que ocupara. Después, dió los dos sueldos. Y, cojeando fuertemente al peso de la ropa mojada que sobre el hombro sostenía, chorreando, acardenalado el codo, sangrando su mejilla, se alejó, arrastrando con sus brazos desnudos á Esteban y á Claudio, quienes trótaban á su lado, agitados todavía, y bañados sus rostros en llanto.

A sus espaldas el lavadero dejaba oír nuevamente su ruido de gigantesca presa. Las lavanderas habían acabado de comer su pan y de beber su vino, y golpeaban con más fuerza; encendidos y alegros sus semblantes por el recuerdo de la encarnizada zurra que acababan de presenciar. A lo largo de las pilas volvía á agitarse aquel furor de brazos, aquellos perfiles angulosos de muñecos rotos por la cintura, combados de espaldas, doblados violentamente sobre sus goznes. Las conversaciones continuaban de un extremo á otro de las avenidas. Las voces, las risas, las palabras obscenas se perdían en el gran gorgoteo de agua. Los grifos escupían, los cubos vertían rociadas, y por debajo de las baterías corría un verdadero río. La faena de la tarde consistía en apilar la ropa á paletazos. En la inmensa sala, los vapores adquirían un tinte rubio, agujereados únicamente por discos de sol; balas de oro que penetraban á través de los rasgones de las cortinas. Respirábase el asfixiamiento tibio de los olores de jabón. De repente llenóse aquel cobertizo de una niebla blanca; la enorme cubierta del colador donde hervía la legía, subía mecánicamente á lo largo de un eje central provisto de su cadena; y el gran agujero de cobre, en el fondo de su mampostería de ladrillos, exhalaba torbellinos de vapor, de sabor azucarado de potasa. Entre tanto, á un lado, funcionaban las secadoras; paquetes de ropa, prensados por cilindros de fundición, exprimían el agua contenida, bajo

la presión de las vueltas de una rueda de la máquina jadeante, humeante y sacudiendo más rudamente el lavadero con la tarea incesante de sus brazos de acero.

Cuando Gervasia llegó al patio del Boncoeur, llenáronse nuevamente sus ojos de lágrimas. Era aquel un patio negro, angosto, con un arroyo al pie de la tapia, para las aguas sucias; y el hedor que allí respiraba le traía á la memoria los quince días pasados en el hotel con Lantier, quince días de miserias y de disputas cuyo recuerdo, en aquel momento, era para ella un cruel pesar. Parecíale entrar en su abandono.

Arriba, la habitación estaba desmantelada, penetrando en ella el sol por la abierta ventana. Aquel sol, aquella sábana de polvillo de oro oscilante, hacían lamentables el techo negro y las paredes viudas del papel que las ornara. No se veía allí más que un pequeño fichú de mujer, colgado de un clavo de la chimenea y torcido como una cuerda. La cama de los chicos, corrida á mitad de la habitación, dejaba en descubierto la cómoda, cuyos abiertos cajones mostraban sus flancos vacíos. Lantier se había lavado, y había acabado la pomada, dos sueldos de pomada envuelta en un naípe; el agua sucia de lavarse las manos llenaba la jofaina. Y nada se le había olvidado: el rincón ocupado hasta entonces por la maleta le parecía á Gervasia un inmenso agujero. Ni siquiera encontró su espejito redondo, colgado de la falleba. Entonces, asaltada de un presentimiento, dirigió la vista á la chimenea; Lantier se había llevado las papeletas de empeño; el paquetito de rosa pálido no estaba ya allí, entre los candeleros de zinc descabalados.

Colgó su ropa en el respaldo de una silla y permaneció de pie, volviéndose, examinando los muebles, presa de un estupor tal, que hasta el llanto se había secado en sus ojos. Quedábale un sueldo de los cuatro que se reservara para el lavadero. Después, llegando á su oído las risas de Esteban y Claudio, que estaban en la ventana, consolados ya, se acercó á ellos, cogió sus cabezas entre sus brazos, y se olvidó de todo por un momento, contemplando aquella calzada gris donde por la mañana había visto despertar al pueblo obrero; á ese trabajador gigante de París. Actualmente, calci-

nado el arroyo por el movimiento del día, encendía una reverberación ardiente encima de la villa y detrás de la muralla del resguardo. Y en aquel arroyo, en aquella atmósfera de hornillo, la arrojaban sola con sus niños. De una mirada abarcó los bulevares exteriores, á derecha, á izquierda, deteniéndola en los dos opuestos extremos, presa de un espanto profundo, como si en adelante, su vida hubiese de circunscribirse allí, entre un matadero y un hospital.

II

Tres semanas después, á eso de las once y media de la mañana, un día de hermoso sol, Gervasia y Coupeau, el plomero, hallábanse juntos tomando una ciruela en aguardiente en la taberna del tío Colombe. Coupeau, que estaba fumando un cigarrillo en la acera, la había obligado á entrar, al verla que volvía de llevar la ropa, y su gran cesto cuadrado de planchadora estaba en el suelo, junto á ella, detrás de la mesita de zinc.

Encontrábase la taberna del tío Colombe en la esquina de la calle de Poissonnieres del bulevar Rochecouart. La muestra contenía, en letras largas y azules, la sola palabra «Destilación», de un extremo á otro. En la puerta y en dos medios barriles había dos ramas de laurel llenas de polvo. El enorme mostrador, con sus filas de copas, su fuente y sus medidas de estaño, ostentábase al lado izquierdo de la tienda; y el vasto salón estaba ornado en derredor por grandes toneles pintados de amarillo claro, relucientes de barniz y con los aros y espitas de cobre singularmente lustrosos. Encima, sobre vasares, veíanse botellas de licor, bodegas de frutas, frascos de toda especie en buen orden, que ocultaban las paredes y reflejaban en el espejo sito detrás del mostrador sus colores vivos, verde manzana, oro pálido y laca suave. Empero la curiosidad de la casa hallábase, en el fondo, al lado opuesto de una valla de encina, en un patio cubierto de cristales; era el aparato de destilar que los parroquianos contemplaban cuando funcionaba, alambiques de largo cuello, serpentines hundiéndose debajo del sue-

lo; cocina del diablo ante la cual venían á extasiarse los obreros dados á la bebida.

En aquella hora, la del almuerzo, la taberna estaba desocupada. El tío Colombe, tipo rechoncho, de cuarenta años, con su chaleco de mangas, despachaba á una muchacha de unos diez años, que le pedía cuatro sueldos de aguardiente en una taza. Una sábana de sol penetraba por la puerta, calentando el suelo siempre humedecido por el escupir de los fumadores. Y del mostrador, de los barriles, de toda la sala, subía un olor licoroso, un vapor de alcohol que parecía espesar y obscurecer el volátil polvillo del sol.

Entre tanto Coupeau liaba un nuevo cigarrillo. Vestía muy limpio, con una americana y una gorrilla de tela azul, y reía, mostrando sus blancos dientes. Tenía la mandíbula inferior saliente, la nariz ligeramente achatada, sus ojos, de color castaño, eran hermosos, y el conjunto de su faz recordaba la expresión de un perro alegre y bonachón. Su espesa y abundante cabellera, naturalmente rizada, manteníase crespada. Su cutis conservaba la frescura de sus veinte años. En frente de él, Gervasia, vestida de orleans negro, con la cabeza descubierta, acababa de comer una ciruela que tenía cogida por el rabo con el extremo de sus dedos. Hallábase cerca de la puerta, en la primera de las cuatro mesas puestas en fila á lo largo de los barriles, en frente del mostrador.

Cuando el plomero hubo encendido el cigarro, apoyóse de codos en la mesa, adelantó la cara y contempló un instante, en silencio, á la joven, cuyo lindo rostro de rubia tenía aquel día una transparencia lechosa de fina porcelana. Después, aludiendo á un hecho conocido de ambos solamente, y discutido ya, preguntó sencillamente, á media voz:

—¿Conque no? ¿Decís que no?

—Positivamente, no, señor Coupeau—respondió tranquilamente y sonriendo Gervasia.—No creo que sigáis hablando de eso.—Me habéis prometido ser más razonable... Si tal hubiese sabido, habría rehusado vuestra invitación.

Coupeau no volvió á chistar; continuó contemplándola de cerca, con una ternura atrevida é insinuante;